

Nicolás de Cusa

“Si, pues, el hombre ha entrado en este mundo para que busque a Dios y, una vez hallado, se adhiera a Él y, adhiriéndose a Él, descanse, y supuesto que el hombre no puede buscarle a Él mismo ni alcanzarlo en este mundo sensible y corporal, ya que Dios es espíritu y no cuerpo, y no puede ser alcanzado en la abstracción intelectual, ya que no puede concebir nada semejante a Dios, como dice, ¿de qué forma, pues, puede ser buscado de forma que sea hallado? Ciertamente, si este mundo no sirviera al que lo busque, en vano habría sido enviado el hombre al mundo con el fin de buscarle Él mismo. Es, pues, necesario que este mundo le brinde al que lo busque algún punto de apoyo o ayuda, y es preciso que el que anda en su búsqueda sepa que ni en el mundo ni en el todo aquello que el hombre concibe hay nada semejante a Él”¹.

“Así, pues, el entendimiento, que no es la verdad, no comprende la verdad con exactitud, sino que tampoco pueda comprenderla, aunque se dirija hacia la verdad mediante un esfuerzo progresivo infinito; al igual que ocurre con el polígono con respecto al círculo cuanto que, siendo inscrito, tuviera un mayor número de ángulos, aunque, sin embargo, nunca sería igual, aun cuando los ángulos se multiplicaran hasta el infinito, a no ser que se resuelva en una identidad con el círculo. Es evidente, pues, que nosotros no sabemos acerca de lo verdadero, sino que lo que exactamente es en cuanto tal, es algo incomprensible y que se relaciona con la verdad como necesidad absoluta, y con nuestro entendimiento como posibilidad. La *quidditas* de las cosas, por consiguiente, que es la verdad de los entes, es su puridad inalcanzable, y ha sido investigada por todos los filósofos, pero no ha sido hallada, en cuanto tal, por ninguno. Y cuánto más profundamente doctos seamos en esta ignorancia, tanto más nos acercaremos a la misma verdad”².

“Todos nuestros más sabios, más divinos y más santos doctores están de acuerdo en que realmente las cosas visibles son imágenes de las invisibles, y que nuestro Creador puede verse de modo cognoscible a través de las creaturas, casi como en un espejo o en un enigma. Y el que las cosas espirituales, que para nosotros son por sí mismas intangibles, puedan ser investigadas simbólicamente, tiene su raíz en las cosas que antes se han dicho. Puesto que todas las cosas guardan entre sí cierta proporción (que para nosotros, sin embargo, es oculta e incomprensible), el universo surge uno de todas las cosas y todas las

1 Nicolás de Cusa. *Del Dios escondido*. Ed. Aguilar. Buenos Aires, 1977. Pg. 48

2 Nicolás de Cusa. *La Docta Ignorancia*. Ed. Aguilar. Argentina, 1981. Pg. 31.

cosas en el máximo uno son el mismo uno. Y aunque toda la imagen parezca acercarse a la semejanza del ejemplar, sin embargo, excepto la imagen máxima, que es lo mismo que el ejemplar en la unidad de la naturaleza, no hay una imagen de tal modo similar, o igual al ejemplar que no pueda hacerse más semejante y más igual infinitamente, como ya hemos visto antes que es evidente”³.

“Bendito sea Dios que nos dio el entendimiento, insaciable en el tiempo, cuyo deseo como no tiene fin, conoce lo inmortal por encima de la corruptibilidad temporal, por su deseo insaciable temporalmente y sabe que no puede saciar su deseada vida intelectual más que en la fruición del óptimo inmenso bien, que nunca defrauda, en el cual la fruición no pasa al pretérito porque no decrece en la fruición [...] Es ésta, pues la capacidad de la naturaleza intelectual, porque recibiendo en sí la vida, la conserva en ella misma según su naturaleza convertible. Como el aire transforma en luz los rayos que recibe del sol. Por esto, el entendimiento, como es una naturaleza inclinable hacia lo inteligible, no entiende sino de las cosas universales, incorruptibles y permanentes, porque la verdad incorruptible es su objeto, hacia el que se dirige intelectualmente, verdad que aprehende en la eternidad, en la quieta paz de Cristo Jesús”⁴.

“...que el Universo es trino; y que nada hay que no sea una unidad de potencialidad, actualidad y movimiento conectante; que ninguno de ellos puede subsistir absolutamente sin el otro; y que todos ellos están en todas [las cosas] en grados distintos, tan distintos que en el Universo no hay dos [cosas] que puedan ser completamente iguales entre sí en todo. Por tanto, si consideramos los diversos movimientos de las esferas [celestes], [hallaremos que] es imposible que la máquina del mundo posea un centro fijo e inmóvil, sea ese centro esta Tierra sensible, el aire, el fuego o cualquier otra cosa. En efecto, no se puede hallar un mínimo absoluto de movimiento, es decir, un centro fijo, ya que el mínimo debe coincidir necesariamente con el máximo”⁵.

San Buenaventura

“Si paramos la consideración en la producción del efecto mecánico, echaremos de ver que éste procede del artífice mediante la semejanza existente en su mente, por la cual el artífice idea su obra antes de producirla y la produce después tal como la ha ideado. El artífice ejecuta la obra exterior semejante al

3 Nicolás de Cusa. *La Docta Ignorancia*. Ed. Aguilar. Argentina, 1981. Pg. 48.

4 Nicolás de Cusa. *La Docta Ignorancia*. Ed. Aguilar. Argentina, 1981. Pg. 223.

5 Nicolás de Cusa. *La Docta Ignorancia* 1. ii.

ejemplar interior, cuanto es de su parte; y si es en su mano el producir un efecto con capacidad de amar a su autor y conocerlo, ciertamente lo haría; y si tal conociera a su autor, ello sería mediante aquella semejanza a cuya imitación procedió el artífice; y si este mismo efecto tuviera oscurecidos los ojos del conocimiento, de suerte que le fuera imposible elevarse sobre sí para alcanzar el conocimiento de su autor, sería de todo punto necesario que la semejanza por la que dicho efecto ha sido producido condescendiera con él abajándose hasta tomar una naturaleza que por él pudiera ser comprendida y conocida. Así, pues, entiende que ninguna criatura ha procedido del supremo artífice sino por intermedio del Verbo eterno «en quien lo dispuso todo», y por lo que él produjo no tan sólo criaturas que tienen razón de vestigio, sino también las que la tienen de imagen y son capaces de asemejarse a él por el conocimiento y el amor”⁶.

“El Primer Principio hizo este mundo sensible para darse a conocer a sí mismo, es decir, para que el hombre fuera conducido por él como por un espejo y por un vestigio a amar y alabar a Dios, su artífice. Y conforme a esto hay dos libros, a saber: uno escrito dentro, que es el arte y la sabiduría eterna de Dios, y otro escrito fuera, es decir, el mundo sensible”⁷.

6 San Buenaventura. “La reducción de las ciencias a la teología”. *Obras completas I*. B-A.C. Madrid, 1968. Pg. 552.

7 San Buenaventura. *Breviloquio*. B.A.C. Madrid, . Pars II, nº 3.